

MEMORIAS DE IDHÚN, de Laura Gallego

Son tres novelas: *La Resistencia* (2004), *Tríada* (2005), *Panteón* (2006). Madrid: SM; 558, 766, 942 pp., respectivamente; ISBN: 84-675-0269-X, 84-675-0559-1, 84-675-1148-6.

La primera clave de la gran aceptación de las *Memorias de Idhún* está en que las novelas de aventuras fantásticas tienen un terreno bien abonado desde hace tiempo. La segunda, que la editorial SM, la más importante del sector en España, las ha promocionado mucho. Y la tercera, sobre la que se apoyan las otras dos, son las buenas condiciones de la escritora: dominio de los recursos del género, talento narrativo para idear y sostener una historia compleja con buen pulso, y con muchos lectores ganados desde que publicara su primera novela con sólo 21 años. Sin embargo, en mi opinión son obras cuyo éxito está muy por encima de sus méritos reales, y su ejecución está por debajo de la capacidad que tiene la escritora, más que notable pero aquí muy deslucida, por los motivos que sean.

Los personajes principales son Victoria, una chica que al principio tiene doce años y vive en Madrid con su abuela, pero que es un híbrido con un unicornio; Kirtash, luego llamado Christian, otro híbrido pero entre un hombre y un shek, una serpiente alada; Jack, un chico que al comienzo tiene trece años y vive en Dinamarca, y después de ver cómo asesinan a sus padres, descubre que también es medio dragón y, por tanto, un enemigo natural de los shek.

En *La Resistencia* se presentan los personajes. Kirtash es enviado desde Idhún a la Tierra para matar a todos los magos renegados que habían huido desde allí y, sobre todo, para encontrar y matar a un dragón y a un unicornio, «el unicornio que, según los Oráculos, acabará con el poder del Nigromante», también llamado Ashran, que es el padre de Kirtash. Finalmente, Kirtash, por amor a Victoria, se unirá con aquellos a quienes persigue.

En *Tríada* los protagonistas vuelven a entrar en Idhún a través de una puerta interdimensional. Como eso era lo que indicaba la profecía, con su llegada comienza la revuelta. La relación amorosa y de celos entre Victoria, Jack y Christian se complica. Aparecen en escena multitud de personajes singulares y no es fácil hacerse cargo del todo de las extrañas jerarquías que rigen Idhún. Todo conduce a un enfrentamiento final con Ashran.

En *Panteón* resulta que, después de la derrota de Ashran, surgen nuevos y más graves problemas y, además, no existe la orientación de una profecía que dé una cierta seguridad. El argumento se desparrama mucho y además no es fácil comprender un mundo en el que actúan siete

dioses. Lo que sí se sigue bien es el hilo central: que Victoria espera un hijo no se sabe si de Jack o de Christian y, aunque los protagonistas lo aceptan con naturalidad, no así quienes están a su alrededor.

Un primer rasgo general es la sobreabundancia de adjetivos y las descripciones poco ajustadas. Por ejemplo, en la primera novela, cuando Victoria conoce por fin al malvado Ashran, se nos dice que era «un hombre muy alto, de cabello gris plateado y rostro frío, perfecto y atemporal como una estatua de mármol. Podría haber resultado atractivo, de no ser por sus ojos, cuyas pupilas eran de un extraño y desconcertante color plateado, como si fuesen metálicas, y de una intensidad que producía escalofríos. Y, sin embargo, era humano. Victoria podía percibirlo, de alguna manera, aunque había algo maligno y poderoso que se agazapaba en algún rincón de su alma». En boca del narrador, «de alguna manera» es una expresión que no debería usarse de ninguna manera. Sobran adjetivos —«perfecto y atemporal», «extraño y desconcertante»—, falta precisión —«algo maligno», «algún rincón»—, no hay ninguna frase distintiva.

El relato se ve lastrado por el tono didáctico del narrador, que va dictando al lector qué debe sentir en cada caso. Así, abundan frases en las que sobra el subrayado final: «lo vio marchar y suspiró, preocupada»; «y descubrió, sorprendido»; «lo miró y sonrió, comprendiendo», etc. Y, como todo alrededor es extraordinario y asombroso y los calificativos se acaban, el recurso a los lugares comunes y a las reiteraciones es continuo. Así, también en la segunda novela, cuando los protagonistas llegan a Idhún, un mundo con tres lunas y tres soles, se nos hace notar que «era un espectáculo bellissimo, porque los tres astros presentaban sombras y tonalidades que harían palidecer de envidia al satélite terrestre»; cuando Victoria, transformada en unicornio, transmite poderes a una chica llamada Kimara se afirma que «era hermoso, era una experiencia maravillosa»; en otro momento parecido la descripción no es mejor: «era tan, tan hermoso... nunca había sentido nada igual»; cuando dos enamorados están juntos se nos indica que «lo que ambos sentían era algo muy, muy intenso»...

Son excesivas las declaraciones altisonantes de telenovela, en boca del narrador y de los protagonistas. También hay un erotismo blando que va en aumento en la segunda y tercera novelas. A lo largo de *Tríada*, Victoria va intercambiando caricias y besos electrizantes, ardientes, embriagadores, con infinita dulzura, etc., con Jack y Christian alternativamente, sin querer acostarse con ninguno de los dos porque no se ve preparada. En *Panteón* el interrogante se contesta tal como era de

prever y Victoria tiene relaciones con los dos. Previamente Christian había dicho a Victoria: ««Mi idea del amor no tiene nada que ver con el compromiso, con las ataduras, con la fidelidad. Ha habido otras mujeres, sin rostro, sin nombre. Para mí se trataba sólo de satisfacer unas necesidades físicas. Nunca te he sido fiel, ni lo seré en el futuro. Pero te soy leal. ¿Entiendes la diferencia? Lucharé por ti, a tu lado, por defender tu vida. Aunque esté lejos, pensaré en ti. Mataré y moriré por ti, si es necesario. ¿Me explico?». A la chica le parece bien y a Jack también. Supongo que a cualquier persona sensata no tanto.

Quizá debido a que la inventiva y los conocimientos librescos de la escritora son muchos, falta contención en la creación de personajes diferentes, como si tuvieran que aparecer todos los seres posibles de un mundo fantástico. También, aunque sea elogiable su habilidad para armar el rompecabezas de modo que se aclaren todos los enigmas acerca del pasado y del origen de los héroes, hubiera sido de agradecer que se simplificaran las cosas. En concreto, son superartificiosas las estructuras jerárquicas de Idhún. Es difícil de comprender un mundo más o menos regido por siete dioses, de los cuales seis son la energía misma que dio origen al mundo, y el séptimo procede de los otros seis y se compone de la energía negativa que había en ellos y que reunieron para arrojarla al mundo como si fuera basura... De ahí, por cierto, que «¡Por la sombra del Séptimo!» sea una exclamación de asombro en Idhún.

Cada libro se abre con citas de Paulo Coelho del tipo «el agua jamás puede ser quebrada por un martillo, ni herida por un cuchillo», y quizá debido a eso tienen aires solemnes (en las que no hay contrapuntos de humor) y comentarios enfáticos supuestamente sabios. Como es habitual en novelas semejantes no faltan efectos pirotécnicos y descripciones de peleas imposibles, sólo visualizables en imágenes e imposibles de poner y de seguir por escrito (al menos para mí).

No puedo señalar si los relatos tienen fallos estructurales o inconsistencias argumentales porque, sinceramente, después de leer con atención las primeras páginas de cada novela ya seguí el resto en diagonal y no me propuse hacer un análisis detallado. Ahora bien, hay preguntas que ayudan a intentar medir si algo es superfluo o necesario en este tipo de argumentos de aventuras fantásticas, como esta: ¿si Idhún no tuviera tres lunas y tres soles cambiaría el argumento significativamente? La respuesta es: no.

Diciembre 2006